

Antonio Ziri3n Quijano

Fragmentos del Poema

MORELIA, M3XICO, 2010
Edici3n en *pdf*

Primera edición: 1982
Universidad Nacional Autónoma de México

Colección Cuadernos de Poesía
Director: Huberto Bátiz
Coordinación de Humanidades
Dirección General de Publicaciones

RESPUESTA EN SILENCIO

A Ana Rosa

*...vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos. . .*

Octavio Paz, Piedra de sol

Quiero que sea mi voz lo que se escuche.

Un cigarro, el papel, la tinta dulce,
un momento de hielo, encadenado,
las palabras que pasan, el silencio,
las palabras que pasan, mis motivos,
el estruendo callado de la noche
y esta forma de sílabas contadas
que me nace, que nazco, que nacemos.
Miro tu cuerpo desde aquí, persigo
la nave que se adentra en alta noche,
una cosa que pesa y que se hunde,
deja huellas, indicios, testimonios,
hace huecos, crea sombras y remueve
mi silencio.

Te veo.

Estás dormida:

el peso irremediable de tu cuerpo,
tu lugar sin remedio en el espacio;
eres presa de un agua incontenible
que busca a cada instante desbordarse;
eres presa de voces que te nombran;
las sombras en mi boca, este vacío,
esta nada que bosteza, el silencio,
la palabra, el silencio, la palabra.
Pero tú estás ahí sin que lo digas,
en la mano que toco y que me toca:
imposible negar esa presencia,
renegar de ese instante en nuestros dedos;
estás ahí, estás ahí, callada,
en los ojos que miro y que me miran:
otro instante que estalla, un nuevo beso
que anida fugazmente en las pupilas;
mirarnos a los labios, comprenderlo,
unos labios que beso y que me besan
—caracoles de música palpable;
la sangre emerge: vino enardecido—;
no me niego a tu cuerpo ni te niegas
a hallar en nuestra piel el horizonte
donde súbitamente *vislumbramos*
—antorchas desatadas, luz de luces,
cavernas encendidas con un grito;

océano sin viento, mar sin tiempo—
un trozo de respuesta a tu pregunta.

Pero tú estás ahí sin que lo digas.

Y es tu historia de llamas en ascenso,
tus fuegos obstinados, los salvajes
anillos de serpiente que se estira,
se repliega, se encoge, se abalanza
a morder un futuro inapresable
que un paso retrocede a cada paso.
Tu historia que es la costa en tus cabellos,
la lentitud de tus primeras horas
sin gritos, sin sudores, sin tormento:
ir tirando la ropa en el paseo
y quedarte sin sombras y sin pena
desnuda en la desnuda carretera:
los mangos, esos ojos verdes, tristes,
que brotan del follaje, te miraron,
no mis ojos de azufre mal templado
que nunca mirarán tu pecho llano;
y comprar en la tienda a los tres años
(las monedas rebosan de tus manos:
sol, águila y piel, cobre sobre cobre)
las compras de la casa, las vecinas
que te miran pasar ya te conocen:
"La hija del doctor", su única hija,
la que tiene las manos aferradas
al volante del coche de juguete
en la foto de patio y tendedero;
y te miran pasar y te conocen
Córdoba entera, el mediodía salado
y los grillos —heridas de la noche—:
"La hija del doctor", la niña viva,
la hija de ese amor—vértigo breve—,
que se mira su cuerpo, su presencia,
su enigma balbuciente, sus cuatro años
sus ganas de ser siempre.

Y creciste.

Eras delgada como tallo leve
y entrabas al abrazo de tu padre
como gota de agua que se prende
con amor y con garras de ternura
a la roca que se abre, la resguarda,
se hace cuna que suple su flaqueza.
Contemplo ese momento, lo adivino:
ahí estás ataviada con su fuerza,
estás ahí por una vez segura
de estar en tu lugar entre sus brazos
(no nos engaña la fotografía,
no mienten tu mirada ni su pecho).
Pero él se ha ido y te ha dejado sola,

al lado de tu madre, las dos solas,
con su ausencia presente, esa manera
de vivir que le otorga tu memoria:
como luz de una estrella ya extinguida,
como huella en la arena de tu carne.
Somos hombres: el tiempo nos construye
con materia de viento y polvo frágil;
habitamos el tiempo, comprobamos
nuestra unidad perdida, el desamparo,
el afán imposible de otra sangre
—somos dos, somos uno que otro busca—;
y el tiempo nos destruye, entonces somos
materia de recuerdo, y luego nada.

Somos dos, somos uno que otro busca.

La lámpara da un salto, hay un trastorno,
hay algo que vacila: mi mirada
se refleja en tu piel que es un espejo,
y me encuentro mirando mi mirada
y a través de mis ojos a mí mismo.
Se adhieren sombras nuevas a mi voz.
La noche sigue afuera, más allá
del papel, de tu cuerpo, de ti misma;
se mantiene en secreto, agazapada,
marcando nuestros límites, altiva;
la noche, ese momento sin respiro;
la noche, el aposento de los días,
el abismo, el silencio que perdura...
Todo grito es un grito que se pierde,
la voz carga el silencio en las espaldas,
y esta vida es la cara que vivimos
de la antigua moneda de la nada.
De pronto comenzó ese itinerario
de tardes en angustia, tibias, largas,
de rostros que escapaban de mis manos,
de labios que eran más sueño de labios
y cuerpos que eran más sueño de cuerpos;
cenizas, ansiedad en sacos llenos,
las torpes caminatas en la nieve
en busca de un incendio postergado.
Llamémosle desierto a lo desierto:
era entonces la espera de la lluvia,
un necio suspirar lo no tenido,
un constante abrasarme y abrazarme
a mí mismo, irónico, vacío.
Me iba acostumbrando a ver mi cuerpo,
mis brazos y los vellos en mis brazos,
como algo que esperaba a ser llamado,
clamor que se lanzaba en busca de eco,
pregunta sin asomo de respuesta.
Y conocí el orgullo de decirlo

(un cigarro, el papel, la tinta dulce)
con gritos que ya sabes quién escucha,
con lágrimas que son como los gritos,
con palabras que son como las lágrimas.
Pero tú has preguntado ahora, tú,
que llegaste encendida, fragorosa,
que poblaste lo antes despoblado,
que hiciste las ruinas habitables;
tú, la llama que arde, la perenne
ansiedad que se cumple sin cumplirse,
el agua de una sed que no se agota
y el saber de esa sed y de esa agua;
tú has preguntado, la mano que supo
conmoverse en mi mano, conmoverse
ante aquella ansiedad que te esperaba,
y tocar con los dedos levemente
aquella soledad que se vencía.
Sé muy poco, pregunto, te respondo,
si acaso ésta es respuesta a tu pregunta.
En tu enigma se esculpen mis palabras:
te responde tu imagen en mi espejo.
Así llegaste a mí, así acercaste
tu lluvia a mi desierto. Te miraron
mis ojos: detuviéronse sin lástima
el oscuro caudal de las ideas,
la recia marejada de la angustia,
el arduo privilegio de ser solo.
Trajiste aroma de maduros huertos
y una frente serena que forjaba
alrededor de ti callado augurio
de la paz que se daba por perdida.
Hubo un tiempo de instantes azorados,
vacilar de mirada ante mirada,
como fieras que miden la distancia
unos segundos antes de anudarse
en la batalla en que les va la vida:
no se abren esas brechas en un día.
Roto el mármol tu cuerpo se hizo signo
—de piel, de olor, de tacto, de mirada—
de verdades nacidas de la sangre,
gestadas con dolor y con delicia
—asombro en nuestros labios, ojos tensos—
y echadas a vivir, como nosotros:
la magia de la carne, las razones
ocultas de los actos de los hombres,
la triste libertad encadenada,
la luz que nos agobia, la nobleza
de andar hacia la dicha, la miseria
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres,
la savia que nos hace semejantes
y el fracaso del último deseo
y el valor y el sentido de saberlo.

En tu enigma se esculpen mis palabras.

No es mejor que el silencio la palabra
—hay hablar que es silencio y hay silencio
que es decir la palabra verdadera—:
ambos son solamente los momentos
de un silencio mayor que nos rebasa,
de una voz inaudible que nos cerca,
que nos nombra los límites, la nada
océano donde anclan nuestras islas.
No es mejor la palabra que el silencio,
no es mejor que las olas el mar terso,
no es mejor que el refugio del cobarde
la recia alegría de la batalla,
ni el pálido color del prisionero
es mejor que la sangre desatada;
nada es mejor que nada, y sin embargo
dime cómo decirte sin palabras,
cómo sabernos vivos sin decirlo,
cómo fincar nuestro imposible grito
sin palabras que sean como ladrillos
y silencio que sea como argamasa
Al fin será haber cimentado en agua
islas, columnas, edificios de agua;
haber querido distraer la calma
del lago del silencio irrevocable.
Sí: el fin así será.

Mientras tanto
(ahora, no sé cuándo, sé que ahora)
converso con tu enigma, lo rodeo,
lo palpo, lo soporto, lo asimilo;
las palabras asoman a las manos,
te digo estás ahí, te miro ahí,
te digo que me miro en ti, nos miro
y nos miro mirándonos mirarnos:
no sabemos si somos los que vemos
o vemos lo que somos sin saberlo.
Porque nada es seguro; todo incierto;
y no sé lo que digo; estoy hablando
con bozal de lenguaje fatigado,
con velo de palabras habituadas
a escombros, piedras, cosas que se tocan,
aquello que se ve todos los días
y hace frente sin velos ni secretos:
es difícil hablar de aquel silencio.
Y en cambio tú, que estás ahí, callada,
nacida fuiste para ser un grito
y tu enigma es sospecha del silencio
que avasalla mi voz y mi sospecha:
es difícil oír esa palabra,
la voz que sin hablar nos estremece.

Hablo entonces, converso con tu enigma,
corro detrás de los intactos vientos,
amortajo la voz en esta hoja
que el fuego, el tiempo y los rumores llevan:
sólo así siento que hablo aunque no hable,
sólo así pasa el tiempo sin zozobra.
Sólo así me levanto paso a paso
y enfrento mi palabra y mi silencio
a la voz y al silencio de la noche;
converso con tu enigma, me acompañan
el grito silencioso de tus venas,
la luz que nunca ofreces por completo,
de tu sangre el coraje, de tus sueños
nostalgia de los mundos que perdemos,
y saberte cercana y apacible,
los pies en los senderos que conozco.
Sólo así me imagino que respondo.
Eres esto que digo y lo que callo
y algo más que vacila entre los labios;
la esperanza, el mal de males, aquella
que vive hasta la muerte, la futura,
la triste, la callada, la paciente,
la humillada, recóndita esperanza
de mirarnos un día estos ojos
—tan redondos los tuyos, tan visibles,
tan testigos del tiempo que se aleja—
y saber con las manos en las manos,
concientes de la única victoria
que no se construyó para nosotros,
que fue nuestro el consuelo de abrazarnos
sabiendo que no hay otro consuelo.
Mas es posible que el amor sea necia
tarea de ciegos que conducen ciegos,
que no llegue la luz hasta los ojos,
que no se halle la paz en la batalla
ni la puerta en el muro; es posible
que seamos obstinadas soledades
—solos tal vez y solos para siempre—,
que nunca poseamos el momento,
esa hora deseada, ese instante
en que sea posible sin mentira
conocer nuestros nombres, desnudarnos,
aceptar otras manos en las nuestras
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el tiempo, el vendaval que nos devasta
y la voz y el silencio que nos unen.

Hablo entonces, converso con tu enigma.

La noche es larga y la palabra breve:
el tiempo de ser hombres se termina
como lava que pierde su blandura

y en un instante es frío, silencio, roca;
hay algo que nos cuenta los minutos
y los días y las horas siempre iguales.
De pecho a espalda nos traspasa el tiempo.
No vinimos aquí para callarnos,
pero es pobre la voz que fabricamos;
o vinimos aquí para callarnos,
pero tiembla la voz que nos construimos.
Lo ya dicho, lo dicho eternamente;
hablamos de nosotros y de todos
en este mientras tanto que perdura.
Estoy aquí y el papel está aquí
y la tinta está aquí: estamos todos;
no puedo responder más que con este
pasar de signo en signo, y no sé cómo
decir al mismo tiempo lo que digo
y que lo digo aunque me atrape el tiempo;
y la casa me atrape y sus cuidados,
nuestros hijos, nuestra hija, nuestro hijo,
me atrapen y me atrape la tarea
de dar seguridad, amor, sustento,
la música me atrape de mis sueños,
me atrape la confianza, la rutina;
lo que sabes, la lucha de fantasmas,
la ruta carcomida, los intentos
que se quedan ahí; lo sin palabras.
Pero tú estás ahí sin que lo digas,
y se acerca el olor de tus secretos,
los días que te formaron, las desdichas
que supiste sufrir sola; ahí,
temerosa, angustiada, ansiosa, viva;
y yo y la noche aquí, del otro lado,
tartamudos, mirando tu presencia.
No sé decir tu historia, la conozco
—en tu mirada en silencio, en las grietas
de tu piel, en las líneas de tu mano,
en la sombra que cruza por tu cara,
tus ganas de ser siempre, tu alegría
de estar entre nosotros los que mueren,
tu rostro mientras duermes, mientras tomas
tu vida con la punta de los dedos—;
es la historia de todos y de nadie,
es la única historia, la conozco;
es mi historia también: yo me la cuento.
Entonces todo calla, todo ruge.
Silencio.

Es mi voz lo que se escucha;
ahora estás ahí, no me lo dices;
ahora soy yo solo el que te busca;
esculpo mis palabras en tu enigma
y converso con él... entonces hablo.
Eres tu cuerpo que miro y deseo,

el vértigo de hundirme en ese asombro,
una fiesta que llama, aquel acoso
del sueño que cumplido permanece,
la misma siempre y otra cada día
como es la misma siempre y siempre otra
la rocalla que esplende, colorida,
en cada vuelta del caleidoscopio.
Eres esa atención hacia el instante
que lo frena con un crujido mudo,
libación que la savia le arrebató,
y lo deja pasar hecho cadáver;
esa hambre voraz por los momentos,
esa creciente lucidez penosa,
esa exasperación soberbia y tácita.
Eres tú que te llevas en los hombros,
la conciencia del paso que estás dando,
de la carne que habitas, de los mundos
que te habitan, de los ámbitos llenos,
de los grandes abismos aún vacíos,
de los sueños sombríos que te persiguen,
de tu vida: paloma que acaricias.
Eres tu voz de mar que barre arena:
deposita reliquias en la orilla
y resguarda tesoros en el fondo.
Eres eso que no sabré que eres.
Eres ese sabido escalofrío
de pensarte tan cerca y tan lejana,
de buscarte ventanas como ciego
a tientas por los muros de tu piel.
Eres enseñarme a amarte: un paseo
paciente por anónimas estancias
donde el orgullo indócil se fatiga,
y lidian lo fugaz y lo perenne,
y sin voz se presentan las palabras
y acuden los silencios en un grito;
un paseo insumiso, encaprichado,
donde la felicidad se ejercita.
Eres, sí, regresarme al niño que era,
a los ojos ingenuos que contemplan
un ángel extraviado en cada viento,
un milagro en la hierba y en el árbol,
un prodigio en las alas del insecto;
a las manos que en cada brizna tocan
el mismo corazón del universo;
al niño que se muere de ternura
por un sol, una voz o una sonrisa.
¿Hay que decir bordón, apoyo, mano?
¿Diamante, lumbre, estrella, cumbre, luz?
¿Reposo, manantial, remanso, paz?
¿Hay que decir también dique, barrera?
¿Celda, jaula, prisión y laberinto?
¿Juego, suerte, ajedrez, adivinanza?

Pero eres sobre todo darme voz,
un segundo de noche en que nombrarte,
revelar las señales que te envuelven,
un hablar sin hablar, tan sólo hablar.
Pero eres sobre todo la inviolada
palabra que no sale de la boca,
la que sabe durar lo que el silencio,
la que dice que no eres nada de eso,
sino sólo un delirio entre dos noches,
una chispa febril entre dos nada,
un motivo de gozo inmotivado,
pretexto para recobrar de golpe
—junto a ti, junto al brillo de tus ojos,
como en un parpadeo de las tinieblas—
el olvidado asombro de estar vivos,
el ardor de la lava mientras corre
y sabe que no es piedra, frío, silencio;
la hora de la hora, ese minuto
sereno, que por todos valga acaso,
de sabernos un poco redimidos.

La palabra callada cuelga entonces
del labio, como garfio que desgarrar,
esperando cobrar voz en la mano
que la tome, que la quiebre en pedazos
de cristal y descubra en sus reflejos
su entraña de silencio.

1975-1976

POEMAS DE MORIBUNDO

*Cada poema un paso hacia la muerte,
una falsa moneda de rescate...*

Álvaro Mutis, Cada poema

I

La noche, la noche que instala sus fronteras
en los límites del día,
la noche que acaba y recomienza,
no pasa sola.
La noche se navega.
Por eso uno despierta entre espuma,
entre las olas reventando en la playa del día.
Por eso amanece con nosotros
un recuerdo herrumbrado de galeones.
Por eso uno se detiene todo lo que puede
en ese muelle taciturno de la tarde.
Por eso es difícil la costumbre de cruzarla solo.
Pero nosotros, que estamos aquí,
despiertos sin saberlo,
de un solo lado siempre, en una orilla,
los que alguna vez quisimos cazar el sol con redes
e intentamos vender a los marinos vientos
en un puerto de agua sosegada,
los que nos alimentamos no sólo de pan,
sino también y sobre todo
de las sonrisas de los fantasmas que aletean a nuestro lado,
de espectáculos opacos que deslumbran nuestros ojos,
de recuerdo y espera y otras cosas tan dormidas,
nosotros, que salamos la comida en señal de inteligencia
y lanzamos leves artefactos visionarios
a un desierto lejano y rojizo,
no podemos saber de nuestro brillo,
de nuestra condición de isla sin mar,
sin hundirnos un poco en nuestra muerte,
y pagamos con la vida, con toda la vida,
esa mirada que vuela entre abismos como un cometa hambriento,
ese viaje atónito que nada dura.

septiembre 1976

II

Pensar que el sol no tiene noche.
Pensarlo bien, con calma minuciosa,
cerrados puños y mandíbulas
y párpados para vedar el acceso de las sombras.
Pensarlo.

El sol en su perpetuo día,
en su terrible claridad vertiginosa.
Pensarlo así mientras aquí la tarde muere
y un brazo de tinieblas nos abraza.
Él baja y se recuesta
y parece que descansa.

Pero no tiene noche y está solo.
Aguardan su ausencia las estrellas:
para él no brilla nadie, no aparece
vestigio de nada en su horizonte.

Pensarlo así, desde su luz, desde su aliento,
desde su ciego deslumbrarse.
Allá, en perfecta soledad,
sin sospecha de hijos, lunas, tierras,
sin espacio siquiera en que tenderse
o con un espacio blanco, mudo, de luz lleno.

Pensarlo así, en la sola compañía del tiempo
que le clava en los huesos un frío seco.
El sol sin día.
el sol sin sol,
el sol sin sombra.

Solamente estar ahí, sin el consuelo
de gritar su pavor, porque no hay cielo,
ni mañana, ni orgullo, ni esperanza.

febrero 1977

III

Oh madre
madre verdadera
madre que nos reclamas sin lágrimas ni ruegos
inconcebible y próxima
majestuosa en tu trono de tinieblas
mi verdadera madre mía
de caricias súbitas y ardientes
hablarte es como hablarle a nadie y a todos
es tirar las palabras a la calle
es rodearse de silencio
por qué nos diste esta voz esta moneda falsa
esta apariencia de consuelo
madre nuestra
madrépora que en arrecifes de tiempo nos capturas
madre mía soy lo que todos
un hombre entre los otros
un poco más alguna cosa que otros muchos
un poco menos algo que cualquiera
sólo un poco menos nada que el que fui y seré
que el que miraba en el cenicero acumularse las colillas
que el que sentirá inevitablemente un día como éste
que ha dejado de sentir en la mano el latir de las venas en la sien
pero estoy aquí y mi mujer duerme en la cama que me espera
porque he tomado esposa aunque frente a ti no se puede estar más solo
y la luz y la noche prosiguen su lucha interminable
y pienso que esto amerita más que versos
más que gritos
más que aullidos de lobos a la luna
más que conferencias pálidas en salones afamados
más que un incierto correr de tinta vacilante y enfermiza
algo como una desnudez inesperada
algo como el arrebatado despertar de un sueño denso
como recordar nuestro propio nacimiento
pero incluso algo más que eso
quizá un quedarse postrado sin palabras
un atónito esperar a que suceda

febrero-marzo 1977

IV

Elegía breve (I)

Por los que murieron sin saber que estaban vivos,
por los que vivieron sin saberse condenados,
por los que piensan que reencarnarán en ángeles,
por los que hacían proyectos cuando llegó la invasión de lava
por lo que mira cualquier pasajero de cualquier avión que cae,
por la segura muerte de los gusanos que se saciarán con mi cadáver,
por los pequeños ideales que bastan para desear la muerte propia o ajena,
por la sangre que corrió por las venas de la momia,
por el tardío arrepentimiento del suicida
y los mártires que dudan de su fe a las puertas de la muerte,
por los poetas olvidados y los que hay por olvidar todavía,
por los que hacen el amor dormidos,
por los que están aquí como si vinieran de algún lado y pudieran irse a otro,
por las ballenas desorientadas que encallan en la arena
y los pájaros que pierden el pico y ya sólo se alimentan de su sangre,
por los que no dijeron lo que tenían que decir,
por la estremecedora inutilidad de todo epitafio,
por los que no pueden mirar su pasado sin vergüenza o asco,
por los que hubieran preferido no nacer,
por los que no la debieron ni temieron ni pensaron nunca en ella,
por los que creyeron posible abrazarse a ella como a una amante,
por los que la ven como una marca en la frente de sus hijos,
por los que dicen su nombre en vano,
por los que la llevan a la espalda como el acoso de una sombra,
por la muchedumbre,
por todos nosotros moribundos.

febrero-marzo 1977

V

Ahora.

Silencio.

Ahora.

Silencio.

Ahora.

Siempre ahora.

Hasta que el tiempo se derrumbe
y enmudezca el silencio entre las ruinas.

febrero-marzo 1977

VI

Se dice en dos palabras: estoy vivo.
Una fuerza sin ojos me ha situado en la vida,
un impulso imposible y necesario,
una catapulta delirante.

No fue mi hora posterior a nada.
Fue la súbita inauguración del tiempo,
el comienzo sin víspera,
el instante inesperado.

Nací desde mi muerte más antigua.
Me arrancaron de un mar de diamante encarnizado,
me arrebataron de sus olas mudas,
de su congelada espuma.

Quebré la soledad sin testimonios.
Llegué desde la sed de sentir sed,
desde la nada ausente
y su silencio inoído.

Es inútil buscar explicaciones.
Para eso siempre es pronto o demasiado tarde.
No era y soy, nació sin duda.
Torpemente me basta.

abril 1977

VII

Porque una vez he estado muerto
Y no lo olvido
Y fue mi muerte más larga que esta vida
Y más honda que el deseo de no morir
Más solitaria
Porque una vez no he sido
Y lo recuerdo
Cuando el reloj que estoy mirando no sonaba
Y no cruzaban mi espalda sus sonidos
Latigazos paralelos
Porque estar muerto es no estar
Y yo no he estado
No hubo sol después de lluvia
Ni calles barridas por el frío
Aquí no hubo nadie alguna vez
Donde hoy me ocupo
Donde hoy me asalta mi ausencia inconcebible

abril 1977

VIII

Como vivir en pecado mortal se vive en muerte:
la angustia visceral, la mancha de alma,
los minutos violentamente grises,
la voluntad desenfrenada de estar limpio.
Limpio.
Se caminan las calles como huyendo.
Se piensa en las esquinas.
Limpio.
Se escuchan ciertas voces por primera vez.
Se meditan ejemplos.
Se toca la herida.
El hombre con la herida de su muerte abierta,
levemente más profunda que recordar un deber odioso.
Se toca la incurable herida.
Abierta.
Se abre paso un calor hacia las sienes,
un seco frío hacia la frente.

La desesperación es a veces la última esperanza.

Como una confesión se vierten las palabras
en un confesionario vacío.

abril 1977

IX

Pocos ojos ven al sol de nuevo alzarse
por encima de las casas de los hombres.

Duerme el hombre duerme.

Comienza el día a perder sus horas, a dejarlas
como jaulas de pájaros ya muertos.

Duerme el hombre duerme.

Avanza el día. Avanza un día más sobre la tierra.
Pasa su mano de luz sobre la tierra oscura.

Duerme el hombre duerme.

En silencio recorre el sol su reino;
no hay un grito que intente detenerlo.

Duerme el hombre duerme.

Viaja el sol, llega la tarde, pasa el día:
aceptamos la ley, la bendecimos.

Duerme el hombre duerme.

En el aire empiezan a danzar las sombras:
discreta tristeza cotidiana.

Duerme el hombre duerme.

No se llora a su paso, no se tiembla
ante el diario panteón de tanto instante.

Duerme el hombre duerme.

Pocos ojos ven al sol morir de nuevo,
entregarse a los brazos de la noche.

abril 1977

X

La abuela —lo sabemos— va a morir.
Unos días, unas semanas, meses.
Esta noche cae la lluvia en el jardín.
La abuela va a morir y no lo sabe;
Le ahorramos el gran susto.
Desde su cuarto de hospital mira adelante:
Mañana irá a Hawai a reponerse.
Golpean los vidrios esta noche
Los líquidos badajos de la lluvia.
Pensamos mucho en ella.
Recuerdo su voz y su ademán un día que dijo:
Qué susto.
No estaban estos muebles, no llovía.
Miro la mesa, la lámpara, los libros.
Hoy hablé de la neblina en Acultzingo,
Del llanto de su nieta. Llega
La muerte sin haber llegado.
El humo, los papeles,
La lluvia:
Sonido de campanas apagadas.
Apenas es octubre.

octubre 1977

XI

Cada hora es la hora de mi muerte.
Cada hora es la hora de la hora.
Un único momento en esta suerte:
Momento de morir que se demora.

Todo tiempo se alarga y se pervierte
si olvido que no hay tiempo, sólo ahora,
sólo tiempo que en un instante vierte
esta agua que en la mano se evapora.

Estar aquí es estar desamparado,
contemplar esta nada que se labra,
habitar un hogar que se derrumba.

Vivir es ya vivir amortajado.
Es vano que pretenda la palabra
silenciar el silencio de la tumba.

enero 1978

XII

Elegía breve (II)

Por la inocente y fresca luz de la mañana,
por el oscuro mar azul y sus voces y sus lenguas de agua,
por los bosques despoblados y los claros en los bosques,
por las noches de estrellas más altas que los árboles,
por los animales de la tierra, los del agua y el aire,
por el humo en la cabaña y la alegría que anuncia,
por las horas que se pierden conversando entre amigos,
por el pan y las uvas y los campos soleados,
por los juegos de los niños y la risa en su cara,
por algunos atardeceres de febrero, cortos y suficientes,
por la tierra constante y amplia,
por los que en un momento de impaciencia exclamaron
bienaventurados los que no nacieron porque no tendrán que morir,
por los que en un momento de impaciencia callaron
y sintieron que su silencio era sagrado.

febrero 1978

XIII

Las doce
y el sereno inquieto.
No es nada, son los años.
Son cosas de la edad.
Achaques de la noche.

mayo 1978

XIV

Elegía breve (III)

Por el misterio de la gravedad,
 indescifrable amor entre las cosas,
por el misterio de la música,
 simples sonidos que trazan caminos,
por el misterio de la visión,
 por la que dos cosas pueden verse,
por el misterio de la luz,
 sin la cual la visión sería imposible y que a su vez depende de ella,
por el misterio de la alimentación,
 por la que una cosa recibe vida de otra cosa introduciéndola en su cuerpo,
por el misterio de la temperatura,
 que no existe si alguien no la siente y que no es igual para todos,
por el misterio de la existencia de los animales,
 que pueden ver el mundo pero de alguna otra manera,
por el misterio de la memoria,
 que recuerda un recuerdo antes de recordarlo,
por el misterio de lo infinitamente pequeño,
 tan inmenso como lo infinitamente grande,
por el misterio de la ignorancia,
 que nos permite saber sólo lo necesario,
por el misterio del entresueño,
 que nos pone en la presencia de algún misterio,
por los misterios del hambre, la sed y la saciedad,
 semejantes en su semejanza al milagro,
por el misterio de estar aquí,
 sabiendo en qué lugar pero no dónde,
por el misterio de que hay algo,
por el misterio de que hay misterio,
por el misterio de que el misterio no parezca misterioso,
por el hecho de que el misterio morirá con mi muerte,
por el hecho de que todo hecho morirá con mi muerte,
por mi muerte, que también algún día dejará de ser misterio.

enero 1980

XV

Ojos

I

Quien lo mató lo ha matado
De dos cuchilladas lentas
Debajo de la frente
Una a cada lado
De la parte superior de la nariz

Desde entonces el pobre hombre
No puede dejar de ver

II

Mira
Mira bien
Si no ves
 Nada
Vuelve a mirar
En el centro de los ojos

Aunque la herida no sangra
Tiene que verse

III

En ojos cerrados
No entran muertes

febrero 1980

FRAGMENTOS DEL POEMA

I

Hundo la pluma en el papel
como cuchillo en carne,
como arado en tierra.
Sangra la hoja blanca una sangre negra.
He abierto una herida en algún lado,
un surco oscuro,
un camino que no conduce a nada.
Camino ese camino.
Ante la pluma,
flecha de plumas negras,
cede el silencio.
He de seguir su inútil vuelo.
Miro atrás: no estoy ahí,
sólo miro el rastro desolado,
la huella del hueco abierto en el hueco.
Estoy aquí,
en el extremo vivo,
en el borde del instante que no cesa,
cara a cara con el tiempo inhabitado.
Se abre paso el poema
agobiado de vientos.
Cruza el abismo, cruza
de abismo a abismo.
Se vuelve siempre al silencio,
se clava la flecha en tierra,
los extremos se tocan,
cicatrizo la herida.
En el aire queda, solo,
un olor de sangre seca.

abril 1977

II

La poesía: grito de mosca
en telaraña atrapada.
La mosca somos tú, yo,
algunos otros pronombres.
La tela, tela tejida
con hilo fino de tiempo.
Razón del grito es la araña.

abril 1977

III

Hoy no me encuentro
Mi voz habla sin mí
 A solas
Escucho lo que dice
 No me escucho
Me busca en el papel
 Mi voz me busca
Escribo lo que leo
 No lo que escribo
Escribo sin mirar
 Mi voz me dicta
Guía mi mano
 Yo estoy en otro lado
Ahora me lo dice
 Yo la escucho
Me miro acá
 La miro
Me busca desde allá
 Desde el papel me busca
No son palabras lo que busca
 A mí me busca
Con palabras me busca
 Estoy perdido
Estoy más acá de las palabras
 A solas
Mi voz está perdida
 Oigo su grito
La escucho decirme lo que escribo
 Lo que dice
Lo que escucho
 Me llama
Ella me llama
No sabe que yo soy el que la llama

abril 1977

IV

Juego con las palabras al mismo tiempo
que el tiempo juega conmigo.

Jugamos juntos. El tiempo juega
a encadenarse con las palabras
con que yo juego. A encadenarme
con mis palabras. A liberarme
del tiempo juego. El tiempo pasa.
Pasa por mí, yo con él paso.

Pasamos juntos por las palabras;
que juegan solas. Somos el juego
de las palabras con que jugamos.

abril 1977

V

No escribo el poema ausente
La palabra intacta
Escucho
El sonido de sus pasos
Su voz oscura
Me tocan
Aves perdidas
Sus miradas de faro ciego

abril 1977

VI

Padre Nuestro

Padre nuestro que estás en el cielo,
tal vez más allá que la última estrella
invisible a nuestros ojos,
no en este cielo azul y cotidiano
que hemos aprendido a descifrar,
que nos acecha y gobierna,
y sobre todo no en la tierra;
padre nuestro de hijos desunidos;
Sea tu nombre ocasión de temblor y asombro
sin vana ceremonia ni humildad fingida;
lavado sea de la sangre que por él se ha derramado
y del consuelo que se invoca al pronunciarlo;
sea tu nombre otro nombre del misterio.
Venga tu reino si es más verdadero
que este valle de lágrimas entre montañas de vacío;
venga tu reino si no es éste tu reino,
este osario magnífico tu trono,
esta tiniebla temporal tu ley eterna.
Hágase tu voluntad (pero pedirlo es necio:
se cumple a tu pesar y al nuestro),
tu decreto secreto que vive en el silencio,
tu destino de luz cada día desmentido,
tu largo laberinto que se muerde la cola,
donde las sombras siguen a las sombras
y siguen a los días los días oscuros.
Danos hoy nuestro pan de cada día
y nuestra diaria asignación de olvido,
tan dulce como el pan, mejor sustento.
Perdona nuestras deudas incontables,
el desamor, el odio, la barbarie,
los campos de batalla, las ciudades,
las asambleas de dioses terrenales;
perdona que no perdonemos a nuestros deudores
ni demos de comer a los hambrientos;
perdona la locura de creer en ti y toda locura
todo orgullo, tibieza, indiferencia,
toda pasión, rencor, desesperanza;
porque todos sufrimos ya una misma pena
y ningún castigo aliviaría nuestras heridas.
No nos dejes caer en la tentación
de creernos sabios, perfectos o felices.
Y líbranos, señor, de la mentira
sirena omnipresente,
dueña de cantos para todos los sentidos;

líbranos de las miserias con nombre de virtudes,
de los ciegos con nombre de profetas,
de los delirios con nombre de oraciones.
Aleja de nosotros la esperanza.

junio 1977

VII

Un poema es sólo fruto de la amarga espera
de un viento que esclaviza la mano
y arranca de cuajo árboles de alma.
Su cercanía se percibe, a veces,
en la frondosa inquietud de ciertas aves
o en el denso rumor de mar adentro.
Viento que levanta olas de tinta.
La palabra sólo es el cadáver
del pensamiento que se entrega
en inútiles tormentas: Don de nadie,
don de nada y para nada, paradoja
sepultada en un océano de papeles.

abril 1978

VIII

Versos para un poema no escrito

Estamos perdidos por haber perdido
En un lugar del tiempo, distraídos,
Misterio, asombro, sorpresa y maravilla.

Con ojos de televisión vamos a tuntas.

Con pasos de astronauta a tropezones.

Sordos con oídos de radares.

Cuando queremos decir luz decimos lámpara.

Y no vemos en el agua el agua, nada
Vemos en el pez que nada,
Del viento y de su voz sabemos nada.

Y de la nada, ya se sabe, nada.

Pero nada.

mayo 1978

IX

Remolino

Qué ganas dan de escribir como Vallejo
Como Huidobro como Orbodiúh
Como Walt Whitman
Whitman, Oh Whitman
Decir la luna, el sol, la gente
El mar de gente
El cáncer, las ciudades
Las calles y azoteas
Los pavimentos
Decir cargado de congojas
Metafísico animal
Bruto
Cantar impunemente
Soltar la pluma sin pena
Desatarle la falda a las palabras
Como Paz como Neruda
Como si nada
Decir la angustia
Entretejerla
Sobar la cara de la gente
Con la sábana de miel endurecida
Del loco que en su cama se masturba
Decir como loco la alegría
Escribir lo que todos han escrito
Nombrar, enumerar, inventar, descubrir
De nuevo los mismos adjetivos
Torpe, terco, necio, sordo,
Moribundo
Animal acongojado
Y otra vez y lo mismo
Y aquí de nuevo el gozo
Irónicamente
Como Gorostiza
Y las horas de penumbra
Y las horas luminosas
Y de nuevo el cielo, los bailes
Y las fiestas, las risas
Los molinos, las aves
El poema, el poeta
El poeta que es ave
El poeta que sabe
Y está claro, el poeta ¿qué sabe?
Como Villaurrutia
Como Novo
Y de otro modo
La ceniza y el polvo
El amor y la dicha

Las lagunas, las nubes
El llanto
El ombligo
Los muslos
El hombre intermitente
El hombre intempestivo
El hombre doloroso
El hombre acuchillado
El hombre trastornado
El hombre inestable
El hombre ignorante
El hombre enamorado
El hombre soñoliento
El hombre ilusionado
El hombre fatigado
El hombre deprimido
El hombre reprimido
El hombre oprimido
El hombre astuto
El hombre piedra
El hombre hormiga
El hombre araña
El hombre mono
El hombre lobo
El hombre hombre
El héroe
Y todos los hombres hombres
Aquí y ahora
En el trajín de sueños
En los recuerdos mudos
En la esperanza hueca
En la porfía vana
De la vana gloria
En la corriente sorda
En la caricia dulce
En la melancolía
En la pregunta eterna
En la inquietud constante
En la cárcel íntima
Y mirando
Mirando
Los días y los años
Los trabajos, los diarios
Los autos, las navajas
Las monedas, los gritos
Las declaraciones y proclamaciones
Las afirmaciones y confirmaciones
Las inauguraciones
Las perversiones
Las promesas y oraciones
Las acusaciones
Y todo de dónde, por qué, para qué

Y en tanto aquí en espera de mi muerte
Y en tanto aquí como en un lago sin orillas
Y en tanto aquí
Decir la sombra
Decir espejo
Decir mi cara en el espejo
Que nadie ve
Que se ve sola
Mirarse a sí mismo profundamente
Mirarse a sí mismo es mirar la nada
Seguirse
Perseguirse
Acosarse en el filo del borde de la orilla
Alcanzarse es huirse
La existencia es un vacío tan lleno
Que no entiendo

Decir pasan los ruidos
Las imágenes
Oír es un milagro
Ver es un milagro
Hablar es un milagro
El hombre es un milagro sin dios
Decir todo está podrido en esta tierra
Decir qué estercolero
Qué basurero
Poder decir sin culpar a nadie
Está podrida la justicia
La libertad está podrida
La amistad
El trabajo
La sinceridad
La honradez
Los ríos
El aire
La tierra
La tierra de todos
La única tierra para todos
Y de dónde y por qué y para qué

Para qué las venas
Los juegos
Las envidias
Las torres
Los esclavos
Los monumentos
Las luchas
Los lenguajes
Las puertas
Las leyes
Las mañanas

Para qué el poema

Decir todo pero decir todo
Es decir nada pero decir nada
Es decir
Es decir que se dice

Y en tanto aquí en espera de mi muerte
Y en tanto aquí en un remolino de misterios
Y en tanto aquí

Vivo
Decir vivo
Asombrosamente vivo
Mirar los rostros
Mirar las cosas
Oír los pasos
Sentir la noche
Un pedazo de la nada

Todo es repetición de una palabra única
Un único momento
Un único tormento
Todo es la misma inútil bulla
El mismo grito de animal herido
De la misma bestia airosa y moribunda

Y da lo mismo callarse

junio 1979

X

Escuchando a Beethoven.
Preguntándome por qué
No salen a bailar los ángeles.
¿Es que no hay ángeles?
¿Es que tienen prohibido
Dejarse encantar por la música del hombre?
¿Es que tienen allá —¿pero dónde, Dios mío, dónde?—
Mejores sonos?
No puede ser accidental su ausencia.
Los gritos de este sordo
Deben de escucharse allá
Como las súplicas de un mudo.
Allá —¿pero dónde, Dios mío, dónde?—;
No hay más que este aplastante acá
Y esta música compuesta
Para llamar a la danza a los fantasmas.

agosto 1979

XI

Madre, ¿por qué no fuiste una anciana dulce,
de muy blanca y muy blanda cabellera,
de pasos sigilosos y mirada quieta
y un amplio regazo hospitalario?
Porque no fuiste así tengo clavado el sueño
de una madre de serenidad infatigable,
de unos dedos que se entierran en mi pelo
y desatan ciegos nudos en mi frente.
Madre oceánica, desde tu fondo inmóvil
contemplaría las tormentas impetuosas
como vientos alegres e inocentes
que juegan con las olas y las naves.
Pero no fuiste así como te sueño,
y la única paz, breve y difícil
que me ha sido dada es la que se halla
en el ojo incierto de los huracanes.

noviembre 1979

XII

La poesía es un canto extraño
que cantan unos hombres silenciosos;
una planta contradictoria y alta
que bebe sed y sombra de pozos desecados.

La poesía es un vuelo de pájaros sin alas
en un cielo de seda de gusanos ebrios;
es el aire del ahogado, y el futuro
que ve el ojo encandilado del suicida.

La poesía es la música de las cosas sin música
que nace de instrumentos sin aliento;
es la erupción quemante y aterida
de volcanes hace siglos desahuciados.

La poesía es una ciénaga de tinta movediza,
estática como el río estático de Heráclito,
donde el poeta hunde dos veces y no hunde
pluma, labios, mirada, cuerpo y alma.

La poesía es tomar el camino equivocado
que lleva a todas partes y a ninguna;
es perderse buscando lo perdido
y hallar la voz extasiada del silencio.

noviembre 1979

XIII

Aunque parezca agua
y pueda ser usada para lavar culpas y tinieblas,
aunque parezca lluvia
y refresque a veces las heridas de un sol demasiado ardiente,
aunque parezca sudor
y ponga en nuestra frente un orgullo imbécil,
aunque parezca veneno
y deje al pasar y para siempre los labios ulcerados,
aunque parezca saliva
y alcance y queme el rostro de confusos enemigos,
aunque parezca llanto
y vague en búsqueda de un paño condolido,
aunque parezca vino
y atravesie los paisajes magníficos del sueño,
aunque parezca tinta
y trace laberintos donde acaso duerme la verdad desnuda,
aunque parezca pus,
aunque parezca aceite,
aunque parezca lava,
 esto
que lentamente gotea de la mano al papel y del papel al olvido
es sangre.

diciembre 1979

XIV

Carta a un amigo que se suicidó en 1971

Nadie me lo dice, no necesito
que nadie me lo diga:
sé bien que no me escuchas
—un silencio clausura tus oídos
mayor que los silencios que escuchaste—,
que no eres nada ahora
salvo esta imagen turbia que deslinda
una torre fantasma de palabras.
Pero yo tal vez aún te escucho.
Tal vez, porque aunque tu silencio es claro
como fue clara tu voz
nadie sabe todavía
escuchar a los desesperados;
cuando mucho uno se calla
y en silencio cree que asiente.
Tú estabas desesperado
y los desesperados no le hablan a nadie:
le hablan a alguien a espaldas del que escucha,
alguien lejano, algún dios sordo,
algún cielo de estrellas que sólo ellos ven brillar,
algún sol que ellos inventan o imaginan.
No tenemos oídos para sus palabras,
mucho menos
palabras para sus oídos.
Pero he querido hablarte, sin embargo,
porque hay momentos en esta expectación burda y ansiosa
que hay quien llama la vida de los hombres,
marcados, quizá,
por una mueca de las nubes,
por una lectura que crispa el pensamiento,
por la visión de una avenida sin árboles ni pájaros,
por un gesto inhabitual del rostro amado,
en que con un rumor de castillo
de arena que vuelve a ser arena,
de bandada en desplome,
se nos viene encima
la precisa revelación de que debajo
o al fondo, detrás, a un lado, junto,
de las risas, danzas, cabriolas, volteretas
de cada uno de esos inquietos animales
más cirqueros que títeres
que hay quien llama hombres,
hay un desesperado que comparte
con cada uno de los otros y con todos
un común y miserable pan amargo:
su soledad, su silencio, su agonía.
He esperado el momento

y el momento ha llegado;
hoy te tiendo la mano
que todos extendemos al vacío.
Qué importa que tú hayas alcanzado
la raíz de la angustia que nos baña
a través del desdén de una muchacha
(todavía la recuerdo, ¿no era linda?,
era viva y era fresca, se sabía
que estaba destinada a la alegría;
tu tristeza,
tu tristeza de payaso cósmico,
tu tristeza de mimo enmascarado,
tu tristeza de comediante delirante,
tu tristeza de hombre-lobo en pleno día,
tu tristeza de monstruo sonámbulo y bohemio,
tu tristeza de vivir un siglo errado,
fue un licor irritante y riguroso
para sus labios de confiada abeja):
también las penas de amor son ríos seguros
que conducen al mismo subterráneo
mar de pena.
Sólo tengo un minuto, entonces, para hablarte;
quizá dos, quizá un día entero,
pero no mucho más: en este juego
—y tú estuviste aquí, tú lo supiste—
hay mágicos cristales que permiten
ver las cosas de otro modo cada día,
y aunque a veces nos deparan la ilusoria
sorpresa de verlas sin cristales,
cuesta caro tener la vista fija.
¡Si lo supiste!
Te dejaste arrastrar a esa navegación inverosímil
con la misma sencillez brutal de una oveja que se despeña;
aceptaste el riesgo de desnudarte en medio de la nieve,
de llevar tu vida al centro calcinante del desierto,
tozudamente desoíste la acusación de tozudez y preferiste
llegar al punto en que las cosas ya no son las cosas,
en que las casas no son casas ni hay nada ya habitable,
en que los rostros se contemplan como si fueran rocas muertas,
en que las miradas son puntos de luz abandonados en una noche inmensa,
en que el propio cuerpo parece hallarse en otro sitio,
en que lo que es costumbre llamar real se encuentra a una distancia inconcebible
y uno se queda solo con su pensamiento convertido en vértigo
y el mundo y la tierra y las cosas de la tierra
se abren el pecho y dejan ver su corazón horrible y hueco;
arribaste al fin de la caída, si es caída,
al pie de tu presente, un muro
transparente y denso, una sólida barrera de agua:
cuando decidiste huir del tiempo hacía ya tiempo
que el tiempo para ti ya no era tiempo.
¡Si lo supiste!
Es un momento solo, pero basta.

Basta para que surja el deseo vano de saludar a un hombre
—si todavía es un hombre o ya es un hombre—
que nadie encontraría ni sacando astillas de su ataúd;
basta para decirte esta vergüenza repentina
de haber pensado un día que te era útil mi consuelo;
basta quizá para tomar la mano
que alguna vez extendiste a mi vacío;
y basta, en fin, antes de que llegue el mañana en acecho,
basta para consolarme a mí mismo creyendo
que hay ciertos momentos en que un hombre descubre
en la cercanía de otro hombre la extraña y única alegría
por la que vale la pena no morir.

diciembre 1979

XV

Fragmentos del poema

...el poema es inagotable

Jorge Luis Borges, *Otro poema de los dones*

Escribe un hombre de mil manos
el poema interminable y único.

Laguna hermosa, sueño largo, claro espejo,
pozo de verdad, canto de alegría, canto.

La palabra del poeta
—su vaga voz de luz o vaga sombra—
no es sólo su palabra.
No es quien habla el poeta
—hablar es casi nada—, es quien escucha
la palabra que dicta la poesía.
Gotas los poemas —menos que gotas, olas—
de un mar que agita y atesora
el lecho puro del misterio en silencio.

Belleza artificial, absurdo en vida, equívoco reflejo,
tiniebla iluminada, canto de agonía, canto.

Cada hombre, cada mano, cada mudez indescifrable,
de nuevo escribe lo que se escribirá de nuevo, escribe
no poemas, fragmentos del poema.

enero 1980

XVI

La palabra:
Sed del silencio.

A la palabra
Cede el silencio.

De la palabra
Sede: el silencio.

Por la palabra
Sé del silencio.

Palabra, sé
Del silencio.

enero 1980

XVII

No quisiera escribir en castellano,
Como todo lenguaje vano invento
Que persigue en la sombra y en el viento
El fugaz corazón de nuestro hermano.

Quiero hablar en la lengua que la mano
Aprendió en el primer aferramiento;
La del ojo que atisba en el portento
De otro ojo en el rostro de otro humano.

O el idioma que brota de la lengua
De la abeja cuando habla con las rosas;
O la atónita lengua de las cosas:

Puro asombro sin sombras y sin mengua.
Si no he dicho que quiero a la obstinada
Mudez hacer hablar, no he dicho nada.

enero 1980

XVIII

Mancha tu palidez abrumadora
Y di tu palabra, muda
Quiero que hables, necia
Que levantes tu voz terrible
Tu palabra aterradora
Sal de tu silencio y habla
Mar absurdo sin estelas
Di tu miedo tu zozobra
Tu tristeza
Háblame de tu larga congoja
Del temblor que te domina
Vence tu casto orgullo
Tímida virgen
Tu pureza ensimismada
Dale a tu soledad prudente
Alas de delirio
Y déjame asomarme a tu impaciencia
Al corazón de tu secreto
Muda
Necia
Desolada
Ardiente y árida
Hoja en blanco

enero 1980

XIX

Escribiendo a Borges

Si es verdad
como tú dices y yo creo
—o como tú crees y yo digo—,
que poco difieren nuestras nada,
y que es fortuita y trivial la circunstancia
que nos coloca en ese o este lado de la hoja
—su redactor tú, yo su lector—,
entonces la misma nada da,
seguramente,
que tú hayas escrito esto,
respondiéndote,
o que yo, respondiéndome lo lea;
y por lo tanto,
así como yo he escrito un día (y subrayado)
con pasión incurable e indefensa
Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria
así ahora leo este verso que otro día,
con resignación, descuido o pasión,
quizá tú—o alguien más, lo mismo da—
redactarás.

Lo que importa es la pasión.

enero 1980

XX

Más allá del pedazo de tierra que lo sustenta;
más allá de la prisión, cuyas paredes
han desgastado sus nudillos; más allá
del día, hundiéndose deliciosamente
en los pliegues de la noche; y de la noche,
aspirando el día nuevo a bocanadas;
más allá del camino que recorre,
en algún remanso de sagrado descanso;
más allá del trabajo que lo fatiga,
en su hogar tibio, en su cueva solitaria;
más allá de su soledad, buscando
una voz, una mirada acogedora; más
allá de los humanos lazos, en otros brazos
y otras voces; más allá de sus más firmes
posiciones, en el mar, en otra aventura
cualquiera; más allá de la condición
que le dan los hombres, en la lucha
interminable y a veces sangrienta;
más allá de la batalla heroica, en el regazo
de una paz digna; más allá de las sonrisas
en los rostros; más allá de las cosas
que mira; más allá de todo instante
y de todo horizonte; más allá de aquí
y de allá; más allá de todo; siempre
un poco más lejos, siempre un poco
más allá.

febrero 1980

XXI

Un río de voz se deshace
En turbulento silencio.

Por cada palabra viva
mueren miles en la sombra.

Arrastra cada poema
un cortejo de ataúdes

febrero 1980

XXII

Después de leer "A un poeta futuro"

*Quien habla ya a los muertos
Mudo le hallan los que viven.*

Luis Cernuda, *A Larra con unas violetas*

No sé si tú supiste, Luis Cernuda,
La razón del silencio de esos hombres
Que ante ti se agitaban como ríos
Andando a su futuro mar, hacia la voz
O el silencio que habrían de revelarlos;
Si fue el empeño suyo o fue tu miedo
De revelarte a tu vez ante ese espejo.

Tampoco lo sé yo y presiento acaso
Que nunca lo sabré, pues aunque vivo
Con ellos y en ellos y por ellos,
Y como tú busco sus ojos y sus brazos
Y su amor breve y triste, las corrientes
Que fluyen paralelas no se tocan
Sin arriesgarse a un fatal desbordamiento.

Y de ti, cuyo rostro y ademanes
Nunca vi, cuya voz no escuché nunca,
Recibo una palabra que me acoge
Con brazos más firmes que esos brazos
Presentes y vivos, y por vivos
Sacudidos de afanes y temblores
Que en oleadas indómitas los llevan.

Me asomo a esa voz como se asoma
Un niño a la ventana y mira juegos
Que no puede jugar. Brota en efecto
Con un hervor de sangre un anhelo innominado
Al oír un eco exacto entre la niebla
De un tiempo pasado, mas no muerto. Y mis palabras
Son los vagos avíos con que intento dominarlo.

Así ahora sueño yo lo que soñaste
Y lo que sueño que otros soñarán un día.
Y hay algo en mí que también dice
Que es más fuerte este imposible abrazo nuestro
Que el abismo del tiempo: hemos tenido enfrente
El mismo sol, el mismo cielo, el mismo mundo
Animales, piedras, hojas y la muerte.

Nos abraza el mismo mundo, nuestra tierra
Fatigada de ararse sin provecho;

El mismo sobresalto de estar vivos,
Abiertos a la angustia, ser espacio
Que en el agua del tiempo se disuelve;
Compartimos el idéntico destino
De sabernos sin ninguno, suspendidos.

Tú no sabes en qué medida el mundo
Sigue siendo aquel mundo primitivo.
Mas qué importa, si en él hemos vivido
Con los ojos abiertos. Sobre el vértigo
Podemos todavía, como los ciegos,
Darle forma a las sombras.

Mi nostalgia

Estaba ya en tu soledad, contigo.

Quizá es mejor que no te haya conocido,
Poeta pasado sin remedio;
Porque puedo amar tu verdad en la distancia
Y hacerte mío ahora como yo un día fui tuyo.
Mi propia soledad se puebla entonces
De sueños y deseos que fueron tuyos
Y son ya míos, y de todos, y del hombre.

Escucho así tu palabra y la comprendo:
Es la voz que en mí yace. Yo estoy vivo
Y tú estuviste vivo. Me buscaste
Y te hallé en mi memoria. También mueven
Tus razones la mano con que escribo.
En el silencio de tu muerte no murió tu palabra.
Luis Cernuda, a mí me consta que has vivido.

febrero 1980

XXIII

Poema de amor último

Considerando

Que ver tu rostro por primera vez fue un acontecimiento memorable
Que oír tu voz fue saberte imprescindible
Que no estuve lejos de escuchar campanas en nuestro primer beso
Que además de eso tus sonrisas son fatalmente irresistibles
Que a tu lado no hay momentos perdidos
Que contigo he ardido en millones de piras
Que en tu cuerpo yace toda la mujer y todo su enigma
Que alrededor de ti se percibe el misterio de la vida
Que por si eso fuera poco habita en ti la avasalladora pasión de la vida
Que contigo he alcanzado cimas que pensaba inalcanzables
Que juntos hemos cruzado mil abismos
Que no obstante tenemos una historia como para contarla a nuestros nietos
Y considerando así mismo
Que lejos de ti nada de eso ocurriría
Que lejos de ti la camisa se me pegaría a la espalda
Se anudarían las horas como brazos de pulpo
Caería hecha añicos la porcelana de la tarde
Tejerían constantes las arañas sus telas impalpables
Confundiría la realidad y su espejismo
Y a más de eso habría una sensación como de estar recién despierto
Con el hueco de un objeto soñado entre las manos
He decidido terminantemente
Que si no fuera posible ver tu rostro oír tu voz besarte
Que si un día fuera imposible beberme tus sonrisas
Estar a tu lado arder contigo
Descubrir a la mujer y descubrir su enigma
Percibir en ti el misterio de la vida y su pasión
Si no fuera posible continuar la historia de cimas y de abismos
Levantaría con tus recuerdos barricadas
Con la memoria de tu último amor me cercaría
Y no dejaría que nueva luz de luna llena
Hiciera de mis noches días fingidos

febrero 1980

ÍNDICE

RESPUESTA EN SILENCIO	3
POEMAS DE MORIBUNDO	15
I “La noche, la noche que instala sus fronteras”	17
II “Pensar que el sol no tiene noche”	18
III “Oh madre”	19
IV <i>Elegía breve</i> (I)	20
V “Ahora.”	21
VI “Se dice en dos palabras: estoy vivo.”	22
VII “Porque una vez he estado muerto”	23
VIII “Como vivir en pecado mortal se vive en muerte:”	24
IX “Pocos ojos ven al sol de nuevo alzarse”	25
X “La abuela —lo sabemos— va a morir.”	26
XI “Cada hora es la hora de mi muerte.”	27
XII <i>Elegía breve</i> (II)	28
XIII “Las doce”	29
XIV <i>Elegía breve</i> (III)	30
XV <i>Ojos</i>	31
I	
II	
III	
FRAGMENTOS DEL POEMA	33
I “Hundo la pluma en el papel”	35
II “La poesía: grito de mosca”	36
III “Hoy no me encuentro”	37
IV “Juego con las palabras al mismo tiempo”	38
V “No escribo el poema ausente”	39
VI <i>Padre Nuestro</i>	40
VII “Un poema es sólo fruto de la amarga espera”	42
VIII <i>Versos para un poema no escrito</i>	43
IX <i>Remolino</i>	44
X “Escuchando a Beethoven.”	48
XI “Madre, ¿por qué no fuiste una anciana dulce,”	49
XII “La poesía es un canto extraño”	50
XIII “Aunque parezca agua”	51
XIV <i>Carta a un amigo que se suicidó en 1971</i>	52
XV <i>Fragmentos del poema</i>	55
XVI “La palabra:”	56
XVII “No quisiera escribir en castellano,”	57
XVIII “Mancha tu palidez abrumadora”	58
XIX <i>Escribiendo a Borges</i>	59
XX “Más allá del pedazo de tierra que lo sustenta;”	60
XXI “Un río de voz se deshace”	61
XXII <i>Después de leer “A un poeta futuro”</i>	62
XXIII <i>Poema de amor último</i>	64